

Aun en la intimidad parece preocupada por el efecto que ha de producir y por imitar á Tácito. Compara á Buzot, refugiado en Calvados, á Bruto junto á los campos de Filipos, dos renglones después de haberle dicho que cubría sus cartas de besos. Exhálase su amor en estrofas á lo Thompson.

Cultiva los apóstrofes á lo Catón, pero sus imitaciones son sinceras. La educación echó á perder en ella un fondo natural de espontaneidad que reaparece cuando se abandona algo y se entrega á los quehaceres de su casa ó á los trabajos del campo, como una verdadera parisiense de la calle de la Lanterne que se divierte en los campos y toma las costumbres « del animal cuya leche nos restaura » ó se divierte en montar en asno.

Fué excelente madre de familia y es éste un lado de su fisonomía que han de poner en evidencia sus futuros historiadores, así como su papel de educadora del que se ha hablado demasiado poco. Á los veintitrés años presentó una memoria á la Academia de Besanzón acerca de la educación de las mujeres y su instrucción que ella hubiera querido extender.

Instruida, distinguida, amable, elocuente, particularmente inteligente, parecía hecha para personificar el partido de los Girondinos, aquellos elegantes artistas extraviados en la política. Su muerte es el más atroz de los crímenes y el sentimiento que dejó encontró un eco más allá de las fronteras.

Goethe escribió en sus Anales una profunda verdad, cuando dijo de Manon Roland :

« La aparición de semejantes talentos y semejantes caracteres será quizás la principal ventaja que estos tiempos desgraciados hayan procurado á la posteridad. Son estos caracteres los que dan tanto realce á los días más abominables de la historia de la humanidad.

Hacia la misma época merece también que paremos en él la atención Mercier.

Sebastián Mercier (1740-1814) es conocido por dos razones : primero porque estaba algo loco y además porque escribió una obra importante : *Cuadro de París* (1781-1814).

Era excesivamente excéntrico : profesor de Escuela central, que de todo hizo y en todo se metió : teatro, artes ciencias, periodismo, historia y que, en el desorden de sus ideas contrapuestas, enmarañadas é innumerables, recorrió todos los grados de la utopía soñadora hasta la predicción verdadera. Decía :

— Soy el verdadero profeta de la Revolución.

Y no era enteramente falso, pues en su obra : *Sueño maravilloso ó el año 2240*¹ prevé reformas que no tardaron tanto tiempo en realizarse. Fué romántico y realista. Desechó la tragedia y trató á los clásicos, Racine y Boileau de « apestados de la literatura », mucho antes que gritase Teófilo Gautier :

— ¡ Ese Racine ! ¡ qué puerco !

Mercier, que llamaba á Chamfort : Chamsec², hizo dramas y teorías dramáticas que Rivarol trataba, como ya hemos visto, con el mismo desenfado que su *Cuadro de París* « la bodega y el granero pasando por alto el salón ». Se hacían una constante guerra de epigramas en la que Mercier no perdía un bocado. Tuvo frases felices, como la siguiente :

« El honor de una señorita es suyo, por eso lo mira con cuidado ; el de una mujer es de su marido, y le importa menos ».

Su *Ensayo acerca del arte dramático* preveía la evolución del drama y contribuyó más á ella que sus obras teatrales : *Olinda y Sofrenia*, *la Casa de Moliere* ó aquella *Carretilla del Vinagrero*, que le valió la protección de María Antonieta y esta frase de Rivarol :

— « Mi vida es un drama tan fastidioso que estoy seguro de que fué Mercier quien la hizo. »

Reformador insaciable, todo lo hubiera cambiado si le hubieran dejado.

Quería que los artistas pagasen patente como los comerciantes, y esta idea, recogida por los diputados de nuestra época, no es ni nueva ni feliz ; no admitía el sistema de Copérnico y afirmaba que la tierra era chata y no se movía ; pretendía conocer el carácter de la gente por la sola inspección no sólo de las manos sino de los pies. Había fabricado 3000 neologismos para enriquecer la lengua. Desempeñó un papel político bastante vago, y á veces, lleno de audacia ; llamó á Napoleón un sable organizado y escribió obras suficientes para llenar cinco ó seis plúteos de una librería. Uno solo ha resistido los ataques del tiempo.

Decía Rivarol de su *Cuadro de París*.

« Es un libro pensado en la calle y escrito sobre un marmolillo. »

Grimm añadía :

— « Es un breviario excelente para un polizonte. »

Esto caracteriza ya algo este libro curioso y útil, lleno á veces de de-

1. Esta obra se lee ; no hace mucho se ha hecho una edición popular de la misma. Respecto á las profecías de la Revolución, ya hemos mencionado las del famoso Villarroel, catedrático de Salamanca. Recientemente han publicado los periódicos el relato de otra profecía notable y terrorífica, (pero apócrifa) hecha por Cazotte en una comida en casa de La Harpe seis años antes del Terror. (N. del T.)

2. Para comprender la ironía de la palabra recuérdese que Chamfort (Champfort) significa : Campofuerte, y, Chamsec, Camposeco. (N. del T.)

clamaciones inútiles, pero también de observación, de verdad y de documentos. Con estilo á veces demasiado ambicioso y declamatorio y un desorden que nada se preocupa por la composición, Mercier describe los aspectos de los barrios, los paisajes de París. Son perfiles de álbum: el burgués, el escribano, la escritora, el verdugo; otras veces estudia categorías: el clero, la policía, la curia; otras monumentos: la Bastilla, Nuestra Señora, Bicêtre, la Santa Capilla. Ninguna ciencia de lo pasado, ninguna filosofía verdadera, pero sí mucha falsa; pocas relaciones con la historia y pocas consideraciones elevadas y generales. Es una especie de periodismo moderno: aspectos de París, fisonomías de la calle, momentos de la vida pública, los domingos, las fiestas, la feria de San Germán, las modas, las costumbres, los trajes, los sombreros, la taberna, lo oculto, las alcantarillas de París y las tinieblas del infierno parisiense. Son paseos con el lápiz en la mano, dados por un razonador algo prolijo; pero que al mismo tiempo es un observador atento que sabe referir. Sin este libro, que llena doce volúmenes en octavo, y que se terminó en el destierro á causa de sus atrevimientos, nos faltaría el elemento más considerable para el conocimiento de las costumbres parisienses hacia 1785.

Léase también: *Sebastien Mercier*, 2 tomos por L. Beclard.

He aquí otro nombre que nos vuelve al siglo XVIII y nos sirve de transición entre los autores de *Memorias* y los críticos literarios. Es Marmontel.

Hay que prescindir en la obra de Marmontel (1728-1799) de la parte condenada al olvido. Sus tragedias: *Dionisio el Tirano*, *Cleopatra*, *Sesostris* que fueron las dos primeras grandes éxitos y la tercera un fracaso ruidoso, no merecen ya siquiera ser citadas. Su *Belisario*¹, gran novela social, debió su éxito á las persecuciones de que fué objeto. Sus *Incas*², poema en prosa, son un discurso en favor de la tolerancia. El Marmontel filósofo y el Marmontel poeta no se elevan más arriba de una buena medianía. Pero nos queda el Marmontel de las *Memorias*, encantador y seductor.

En 1789, este mundano, convidado habitual de las cenas de Helvetius y de la fiestas del Sr. de Marigny, se retiró con su mujer y sus

1. En carta dirigida á Jovellanos por Meléndez Valdés en 1777 le dice: « El que también me gusta mucho es Marmontel en su *Belisario*; los primeros capítulos son á mi ver capaces de hacer olvidar las mayores desgracias; lo he leído bastantes veces pero cada vez con más gusto... » (N. del T.)

2. Respecto á los *Incas*, dice en otra carta de 1779: « Acabo de leer una obra de Marmontel, *Los Incas*... llena de máximas y sentimientos de humanidad, pero que exagera con exceso nuestras crueldades y apoya fuertemente la tolerancia. » (N. del T.)

hijos á una « choza » en Abloville, cerca de Gaillon, en Normandía. Allí redactó sus *Memorias* « Para mis hijos, decía, escribo la historia de mi vida, pues así lo ha querido su madre ». Empieza su relato con sus más lejanos recuerdos y nos lleva á aquel lindo pueblecito de Bort en el Limosín, encerrado entre montañas volcánicas y que fué la cuna de su infancia. Hay en aquellas delicadas páginas encantadores cuadros de interiores que nos recuerdan á Chardin, escenas semiburguesas, semicampesinas, pintadas con un profundo sentimiento de las felicidades del hogar; el recuerdo enternecedor de las « tortas de alforfón » humedecidas, calientes aun, con la excelente manteca del Mont-d'Or; de las « gordas castañas tan sabrosas y suaves que al oirlas asarse, se llena de alegría el corazón ». Luego vienen los años de juventud, la entrada en el colegio de Aurillac, el terror del primer día, la presentación al prefecto de estudios y por último los éxitos y aventuras escolares. Un día amenazado del látigo, aunque ya estaba en la clase de retórica, Marmontel se subleva, arenga á sus compañeros y les propone que se retiren al monte Aventino. Su discurso, sus muestras de desesperación arrastraron á la multitud y, como se estaba en vísperas de vacaciones, la clase entera salió del colegio y tomó las de Villadiago. El prefecto los vió salir estupefacto y predijo á Marmontel que seria un « jefe de facciosos. »

Después de la salida del colegio vienen los ensayos literarios, la primera carta á Voltaire, los primeros éxitos dramáticos, la extraña historia de aquella Srta. Navarre, que se enamora del joven poeta, se le lleva y, nueva Calipso, lo retiene varios meses en una quinta que posee cerca de Aveney. Después de la Srta. Navarre, hacemos el conocimiento de la Srta. Clairon, la célebre actriz y de otras más. « Escribo para mis hijos... » Esperamos que estos habrán saltado algunas páginas.

El cuadro de la sociedad literaria es menos vivo quizás, pero más instructivo. Marmontel nos lleva á todos los salones: á casa de la Sra. Geofrin, de la Sra. de Holbach, á las cenas de Helvetius, á la misma Bastilla, donde todo escritor tenia una habitación preparada.

Sus charlas de salón, sus libretos de ópera cómica cuya dulce música hacia Rameau, tienen una delicadeza encantadora. Su *gournal* es un modelo del género y necesita para ser representada cenadores de verdura salpicados por las notas blancas de las estatuas de mármol del Amor y las Driadas.

Llegamos así hasta la víspera de 1789, hasta el momento en que, previendo la tempestad y preguntándose si no habia malgastado su vida, se casó Marmontel á los 54 años con una joven y linda sobrina del abate Morellet, se convirtió en el más enamorado de los esposos, el más amante de los padres y se retiró del mundo para vivir en el campo. Todo esto está agradablemente contado sin demasiada filosofía ni sentimentalismo.

Marmontel no es un gran carácter, es un buen hombre que tiene ingenio y, al leer sus *Memorias*, se hace uno amigo suyo¹.

El Ensayo sobre las Novelas ó los Elementos de Literatura, de Marmontel, hacen juego con la obra más considerable de La Harpe (1739-1803).

Este se ha creado en vida y después de muerto muchos enemigos. Los autores, sus contemporáneos, á quienes criticaba de un modo bastante mordaz, no le querían. La juventud del siglo, harta de su dominación literaria, no le ha escatimado sus burlas. Hoy nadie le lee ya.

Es preciso distinguir en él dos hombres: un poeta dramático, el autor de *Warwick* y de *Filoctetes*, que es bastante mediano, y un crítico literario, el autor del *Liceo* que no tiene nada de despreciable.

Por lo que toca al autor dramático hay que recordar la frase de Grimm, el día del casamiento de La Harpe, poco después de la tragedia de *Timoleón*:

« Una mala tragedia y un mal matrimonio son dos tonterías seguidas. »

La Harpe se equivocó el día en que se metió en el teatro; tuvo el mérito de reconocer su error y dió con su verdadera vocación, que era la de crítico. Joven aún, en Ferney, en casa de Voltaire, á quien llamaba « papá », cuando representaban una obra del maestro, observaba algunas faltas en su papel y las enmendaba atrevidamente. Y Voltaire, al notar el cambio exclamaba: « El chico tiene razón, está mejor así ». Á Dorat, que se quejaba un día de sus críticas, respondía sencillamente: « No puedo evitarlo, es cosa superior á mis fuerzas ». Esta vocación imperiosa le valió desde el colegio odios robustos, y lo peor fué cuando el *Mercurio* (cuya dirección tomó) le puso en manos un arma temible. Fué acribillado á epigramas, libelos y pullas.

Un joven poetaastro que creía que el sufragio de La Harpe era un título que había de darle reputación, se vanagloriaba delante de la esposa del crítico, de que era uno de sus íntimos amigos.

La señora protestó diciendo:

« Sepa usted, caballero, que mi marido no es amigo de nadie. »

Escribía La Harpe á Voltaire:

« Es verdaderamente triste é inconcebible el ser odiado por una multitud de personas á quienes nunca ha visto uno. »

¹ Marmontel, como es fácil de comprender, por razones antes apuntadas, fué gran amigo del célebre Olayide. Cuando éste, después de su caída, se refugió en Francia, Marmontel le glorificó en ampulosos versos en plena Academia francesa, comparándole nada menos que con Galileo. (N. del T.)

Y para consolarle, le respondía Voltaire:

« En todo tiempo ha habido Frerones en la literatura; pero es preciso que haya orugas para que los ruiseñores se las coman y canten mejor. »

Se burlaban hasta de su misma persona. Tenía un rostro agradable y algo burlón; pero era muy pequeño y tenía el hombro algo torcido; así es que le llamaron Bebé, del nombre de un enano del rey Estanislao. Atacaron hasta su familia, que era pobre, pero respetable. Llegaron hasta á pretender, dice Sainte-Beuve, que el día de su bautismo y durante la ceremonia, había anunciado con sus gritos su carácter irascible y presagiado su afición á los futuros alborotos literarios. Sostuvo infinidad de disputas¹.

Su colega de la Academia, el abate de Boismonsts, decía de él: Queremos todos infinitamente al Sr. de La Harpe; pero nos dá lástima verle llegar siempre con la oreja desgarrada.

Cuando tuvo lugar su recepción, Marmontel, encargado de responderle, hizo, como es costumbre, el elogio de su predecesor, que era Colardeau. Pero puso cuidado en mostrar á Colardeau modesto y caritativo en sus críticas y que nunca se creaba enemigos, y añadió: « He aquí, caballero, en un hombre de letras, un carácter interesante: el hombre de letras á quien reemplazáis, pacífico, indulgente, modesto ó por lo menos atento á no hacer desagradable para los demás la opinión que de sí mismo tenía... » Todos comprendieron la alusión y el auditorio prorrumpió en aplausos hostiles.

Á fuerza de obstinación y de talento triunfó La Harpe de su impopularidad. La elegancia de su palabra y de su estilo, la seguridad de su gusto, le conquistaron el verdadero público. En su cátedra del Liceo, especie de instituto literario para uso de las personas del mundo, que acababa de fundarse en la calle Saint-Honoré, hizo con el mayor éxito, ante un auditorio brillante, el primer curso público de literatura. Supo hallar el término medio entre el pedantismo y la frivolidad. Las lecciones que más adelante publicó, están injustamente olvidadas. Se encuentran en ellas delicados estudios y juicios sólidos.

Con Boileau es La Harpe el crítico que mejor supo prever los fallos de la posteridad.

Después del Terror, La Harpe, antes discípulo querido de Voltaire, abjuró la filosofía y se convirtió solemnemente. De aquí proviene la falta de unidad que se observa en su curso de literatura. Pero su nombre seguirá siendo considerable en los anales de la crítica literaria.

¹ En España hubo por entonces otro escritor que no le iba en zaga á La Harpe en lo de atrabiliario y buscarruidos. Fué el famoso Forner, á quien hasta le valió un destierro su despiadada crítica. (N. del T.)

No sólo la crítica literaria, sino también la erudición y la arqueología tuvieron sus estimables representantes.

El abate Terrasson (1670-1750), que perteneció á las dos Academias y guerreó gloriosamente en la querrela entre Antiguos y Modernos, fué sobre todo un amable conversador. Todos cuantos se acercaron á él se hicieron amigos suyos. Su aparente fatuidad no era más que sencillez y franqueza. Decía un día de una arenga que iba á pronunciar: « Es buena, digo muy buena; todo el mundo no la juzgará así pero á mí me importa poco. » La Sra. de Lassy escribía hablando de él « que solo un hombre de talento podía tener semejante imbecilidad. »

Dió pruebas de filosofía. Era rico y solía decir: — Respondo de mí... hasta un millón.

Cuando los reveses de fortuna le hicieron perder su opulencia y le redujeron á lo estrictamente necesario, se consolaba diciendo:

— Ya estoy libre de apuro; volveré á vivir con poco, es mucho más cómodo.

Era muy distraído. Le sucedían aventuras desagradables, pero se consolaba bastante bien de ellas. Un día salió á medio vestir, observó que la gente se volvía á su paso y se reía. Habiendo descubierto al fin de lo que se trataba, volvió á su casa y dijo á su ama de gobierno:

— « Acabo de dar al populacho del barrio una pequeña diversión que nada le ha costado ni á mí tampoco. »

Conservó su carácter hasta el fin de su vida.

Su confesor fué á verle en su lecho de muerte.

Al verle entrar Terrasson le dijo, con su sencillez ordinaria:

« Señor cura, he aquí á mi ama de gobierno, la Sra. Lucquet, que vive conmigo desde hace veinte años. No puedo hablar, he perdido la memoria; estoy extenuado. Pero confiese usted á la Sra. Lucquet, ella responderá por su amo. Es absolutamente lo mismo. »

El confesor, viendo que el enfermo hablaba con tanta ligereza de la confesión, quiso que hiciese él mismo éste acto.

El abate Terrasson se resignó. — Vamos, empezó el cura, ¿ha sido usted lujurioso? Señora Lucquet, preguntó el enfermo ¿he sido lujurioso? — Un poco, señor abate, respondió la señora.

El confesor no quiso oír más y se marchó indignado, y el abate Terrasson murió en la impenitencia final.

Su *Sethos*, ya mencionado, hace de él uno de los iniciadores del moderno estudio de las costumbres antiguas.

Tuvo un colega ilustre en la persona del conde de Caylus (1692-1763)

que fué primero oficial en el ejército del rey; pero tenía la vocación de la arqueología y pronto lo abandonó todo para seguirla. Viajó por Italia y por Inglaterra para estudiar las obras de arte, llegó hasta Grecia y Asia menor, buscando sin hallarlo el lugar que ocupaba Troya y se arregló con unos bandidos turcos para visitar bajo su escolta las ruinas de Efeso y de Colofón. Trajo de sus viajes notas preciosas y numerosos croquis, pues era pintor y grabador de talento. El conde de Caylus era, si hemos de creer á Diderot, gruñón y desagradable, aunque de cuando en cuando le gustaba rimar versos ligeros. Se le debe no solamente el haber, en las cuarenta y cinco memorias que leyó á la Academia, aclarado algunos puntos de la antigüedad, sino también haber interesado al público por la arqueología llamando la atención de su siglo hacia unos estudios que hasta entonces ignoraba.

Cuando murió, apuntó Bachaumont:

El Sr. de Caylus, al morir había manifestado el deseo de que colocasen en su tumba en Saint-Germain l'Auxerrois, su parroquia, un jarrón antiguo de pórfido muy caro y muy precioso. Hicieronle con este motivo un epitafio satírico:

Aquí yace un señor desagradable y brusco;
— ¡Oh! ¡qué bien debe hallarse bajo el cántaro etrusco!

El cura de la parroquia ha puesto algunas dificultades, costándole trabajo admitir en su iglesia aquel ornamento profano. Todavía no se ha decidido nada. El Sr. de Caylus quería que se pusiese como epitafio: « Aquí yace Caylus. »

Enmendó la ironía de este testimonio con el siguiente:

La república de las letras y las artes echarán de menos á un sabio ilustre y un Mecenas poco común en la persona del Sr. conde de Caylus. Murió ayer, á la edad de setenta y tres años, á consecuencia de las enfermedades que le atormentaban desde hacía largo tiempo. Ha conservado su filosofía hasta el fin. Es increíble el número de libros raros y cosas curiosas con que ha enriquecido la Biblioteca del Rey y el gabinete de las medallas. Se le debe una buena parte de nuestros descubrimientos sobre las antigüedades egipcias; ha fundado en la Academia de Inscripciones y Bellas Letras, de la que era miembro, un premio para dichas investigaciones y él mismo es autor de diversas obras en que los pintores y los escultores encuentran mucho provecho. Le debemos también la invención de la pintura encáustica ó en cera, de la que el Sr. Bachelier y otros artistas han hecho desde entonces tan ventajoso uso.

Las atrevidas conjeturas de Pouilly y de Beaufort han hecho constar que la erudición no era ni poco activa ni estéril. Los sabios trabajos de Don Calmet, las investigaciones pacientes de los autores de la *Historia*

literaria de Francia honraron la ciencia; pero no contribuyeron á vulgarizarla más allá de los monasterios y las academias, como lo hicieron las obras de un escritor elegante y prudente, el abate Barthelemy (1716-1793), autor del *Joven Anacarsis*. Pocos libros hicieron en su tiempo tanto ruido. Barthelemy le había consagrado veinte años de su vida. Empleado por Boze en el Gabinete de Medallas, al mismo tiempo que andaba á caza de chirimbolos antiguos, recorría á Italia con Choiseul y catalogaba su colección, y había reunido los materiales de aquella obra voluminosa. Á los setenta años, después de varias vacilaciones, se decidió á publicarla, el año 1788, la víspera de los Estados Generales, contando con que el público preocupado por otras cosas no haría caso de él. El éxito fué prodigioso. El *Viaje del joven Anacarsis*, traducido inmediatamente á varias lenguas fué leído por todos. Barthelemy, que no había sido entonces más que un excelente conservador de museo, tuvo en seguida la reputación de gran erudito y gran escritor.

Tenía su libro el mérito de ser á la vez muy científico y muy atractivo. Reconciliaba la arqueología con la gente de mundo. Imagina Barthelemy á un joven escita que viaja por Grecia poco antes del reinado de Alejandro. Nos pasea con él de ciudad en ciudad, nos enseña las costumbres y las artes de aquel tiempo, nos instruye sin pedantismo, por medio de conversaciones ó anécdotas ingeniosas en todo cuanto se refiere á la Grecia antigua. Se leyó esta obra como una novela. Además se agradeció al autor el haber pensado en los franceses al pintar á los atenienses y fué aquel un concierto de alabanzas.

Hoy día dejamos dormir los diez tomos del *Anacarsis*. El tiempo ha progresado, la arqueología, antes en la infancia, ha dado pasos de gigante, sabe muchas cosas nuevas y reniega de sus primeros ensayos. Friedlaender y Mommsen son más sabios que Barthelemy. ¡Lástima que no sean tan agradables!

La misma bibliografía iba siendo una ciencia razonada, metódica, en la que se observaba ya el advenimiento del espíritu científico.

Poseía entonces París hermosas bibliotecas. En la introducción *Ad historiam litterariam de praecipuis bibliothecis parisiensibus*, Daniel Mouchel, joven teólogo de Wurtemberg, pasaba revista á las principales bibliotecas de París en 1720. Vemos que eran numerosas y ricas.

En primer lugar viene la soberbia biblioteca del Rey. Acababa de ser singularmente enriquecida por las adquisiciones de Luis XV á quien debía, entre otros libros raros, un ejemplar del libro *Gallia Christiana* del Sr. de Sainte-Marthe, con anotaciones del Sr. Bayle.

Allí se veían numerosas curiosidades: « Los evangelios en lengua copta, un ejemplar griego de la *Carta del papa León á la Emperatriz Pulqueria*, la Biblia de Maguncia de 1462 y otras muchas riquezas sometidas á la custodia de los Sres Bignon y Boivin.

La biblioteca Colbertina era la más considerable después de la del rey. No era la menos útil, pues el Sr. de Segnelay, su propietario, según los testimonios de aquel tiempo, permitía su entrada á los sabios. Allí podían consultar un gran número de manuscritos griegos y cerca de dieciocho mil obras impresas. Uno de los manuscritos más estimados era el de la *Muerte de los perseguidores* encontrado por Foucaut en 1678 en la abadía de Moissac y único en Europa¹.

La biblioteca de Saint-Germain-des-Prés, empezada por el P. Dubreuil, se había visto considerablemente aumentada por los dones del médico Vaillant, del célebre geógrafo Baudrand y del abate d'Estrée, contenía cuarenta y dos mil volúmenes.

Añádase á esto que, en la misma abadía se encontraba la biblioteca de Coislin, fundada por Séguier.

La erudición de los bibliotecarios Antonio de La Prade y Martin Bouquet facilitaba singularmente las investigaciones en aquella acumulación enorme de volúmenes. Sería preciso recordar los depósitos de la Sorbona, de Santa Genoveva, la biblioteca Mazarina, sin contar las ricas colecciones que poseían los jesuitas en el colegio de Clermont, en la casa profesa de la calle Saint-Antoine y en el noviciado fundado en 1610 por la Sra. Luillier, viuda de Claudio Leroux, señor de Sainte-Beuve. Y ¿cómo no mencionar también la biblioteca de San Víctor, la de los PP. del Oratorio, la de los Jacobinos de la calle de Saint-Honoré, la de los Augustinos descalzos, de los Mínimos, de los Celestinos, etc.?

No faltaban grandes bibliotecas y el clero poseía las más hermosas.

Además existían por aquel entonces una infinidad de colecciones particulares, célebres aún en la memoria de los bibliófilos. Por poco conocido que fuese podía dirigirse un literato á cualquiera de aquellos ricos aficionados, al vizconde de Fonspertuis, á Caylus, á La Roque, á Crozat de Tugny, á Desmarests, á Huxelles, á Blanchard de Changy, á Moulin, etc. Es larga la lista de aquellos amables literatos que siguieron frecuentemente el ejemplo del Sr. de Miron.

Aquel sabio doctor ponía sus libros á la disposición del público, los martes y los viernes en las salas de su casa de Saint-Charles.

Esto por lo tocante á las bibliotecas.

1. Franceses é ingleses han puesto el mayor esmero en la investigación, adquisición y conservación de manuscritos y obras raras. Precisamente, acaba de venderse en París en 177.500 francos una edición de las obras de Molière. En España los ricos no piensan en estos derroches, con raras y honrosas excepciones. Las pocas bibliotecas que había desaparecen ó emigran.